

RICORDANDO MARÍA FERNANDA MANCEBO

Un'amica non conosciuta

Il mio ruolo di Coordinatore della Redazione fa sì che tocchi a me, quasi sempre, il primo contatto con un Autore quando ci manda un testo per sottoporlo all'approvazione dei *referees* e alla trafila burocratica che prelude, in caso positivo, alla sua pubblicazione. Fu così che, nel maggio dell'anno scorso, iniziò la mia corrispondenza via mail con María Fernanda. Da subito, mi colpì il carattere e il tono delle sue missive: entusiaste, piene di vita, giovani, in una parola. Grande fu la sua gioia quando le comunicai l'approvazione del testo e la prossima pubblicazione, e altrettanto grande quando le promisi la recensione del suo volume sugli esilii.

Mi scrisse, a un certo punto, che sarebbe venuta in Italia e che sperava poter passare da Milano per conoscerci; ricevetti invece una sua telefonata, piena di entusiasmo, di sorrisi e di gratitudine, come se nella prossima pubblicazione io c'entrassi per qualcosa. Era tale la comunicativa che sprizzava da quella voce che mi ero ripromesso, quando mai fossi passato da Valencia, di andarla a conoscere di persona questa frizzante María Fernanda. Ma non è stato possibile. Mi rimane così soltanto un saluto affettuoso all'amica non conosciuta, e la promessa da mantenere di recensire il suo libro. (*v.s.d.*)

María Fernanda Mancebo: entre la historia, la universidad y otros exilios

El pasado 7 de abril de 2010 falleció en Valencia María Fernanda Mancebo, doctora en Historia por la Universidad de Valencia, historiadora y catedrática de Historia de Enseñanza Secundaria, colaboradora a lo largo de distintos cursos académicos del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia, miembro de los consejos de redacción de diversas revistas — entre ellas, *Cuadernos Republicanos* —, y asesora científica de la Fundación Max Aub. Pero sobre todo, una incansable y excelente historiadora, una profesora entusiasta y una mujer generosa, siempre con mil proyectos entre manos, que transmitía y ofrecía para compartir y sobre los que contagiaba su entusiasmo. Desde siempre. De toda la vida.

Toda la vida, porque era todavía la España del exilio interior, de vivir en gris y de soñar con los colores de la libertad. Todavía no sabíamos de democracia ni de libertades, aunque las anhelábamos y las adivinábamos cercanas. Sabíamos de luchas por ellas, entre lecturas prohibidas, canciones prohibidas, películas prohibidas, amistades prohibidas. Luchas a menudo adolescentes, contra un Franco ya moribundo, pero también contra todo. Fue entonces cuando tuve la suerte de conocer a María Fernanda, cuando todavía, sin haber entrado en la Universidad, me conquistó para la historia. Libros prestados, sensibilidad intelectual, discusiones políticas, frases en el momento adecuado — «¿Y tú qué...?». O lo que es lo mismo: «¿Tú qué vas a hacer?» — con indicaciones sobre los “peligros” de dedicar excesivas energías adolescentes contra el gris dictatorial, y que podían perjudicar un buen expediente académico. Con sutiles complicidades transmitía el amor por la historia, el compromiso intelectual, pero también una amistad fuera de tópicos y de formalismos, una amistad especial.

Una amistad sustanciada en muchos proyectos compartidos, desde el rito iniciático que supuso la publicación en los años Setenta, junto a Mariano Peset, de las *Bulas y Constituciones de la Universidad de Valencia*. Hasta el último proyecto común que significó la entrevista a Carmen Negrín en el paraninfo de la Universidad — su querida y estudiada Universidad — en enero del 2008, para inaugurar la exposición “Juan Negrín, médico y jefe de gobierno de la República” dentro de los actos organizados por la Universidad de Valencia para conmemorar el 70º aniversario de “Valencia capital de la República”. Una entrevista publicada recientemente en “Arenal. Revista de Historia de las Mujeres”, y que ya no pudo contemplar pues se distribuyó hacia el 14 de abril 2010. Precisamente en torno al 14 de abril.

A lo largo de su vida profesional, María Fernanda disfrutó de su condición de profesora de historia, transmitiendo al alumnado la necesaria capacidad de asombro, la curiosidad, las preguntas, la inquietud intelectual. Por eso no podía entender que eso casi no sucediese entre el alumnado de los

últimos años. Pero junto a este perfil docente, María Fernanda Mancebo fue también, y muy especialmente, una infatigable historiadora que transmitía el gusto por el oficio, el placer y el compromiso con la investigación. Una investigación que formaba parte de su identidad, y que se dedicó a la historia de la cultura del siglo XX, particularmente a la historia de la Universidad de Valencia — su Universidad — durante la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y la Guerra civil, y de una forma constante a lo largo de años, a la historia del exilio cultural. Entre sus muchas publicaciones en este sentido — numerosos libros, artículos, ediciones, coordinación de congresos y coloquios — hay que recordar, necesariamente, libros como *La Universidad de Valencia durante la Guerra Civil. La F.U.E.* (1988), *La Universidad de Valencia de la monarquía a la República* (1994). O, entre sus artículos, algunos como *Memoria y desmemoria del exilio republicano* (“Clio”, 27, 2002), o *Consecuencias de la guerra civil en la universidad valenciana* (“Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija”, 4, 2001), o *Las mujeres españolas en la Resistencia francesa* (“Espacio, Tiempo y Forma”, 9, 1996). También, la coordinación junto con Albert Girona de la obra colectiva *El exilio valenciano en América: obra y memoria* (1995).

Y como culminación de todas estas investigaciones, destaca muy especialmente *La España de los exilios* (2008). Este libro, publicado por la Universidad de Valencia hace tan sólo dos años, y que dedicó a toda su familia, a todos y cada uno, lleva el significativo subtítulo de *Un mensaje para el siglo XXI*. Un subtítulo que refleja una de las preocupaciones que María Fernanda tenía: la necesidad de que la historia de la Guerra civil y del exilio se enseñase tanto en la enseñanza secundaria como en la enseñanza superior, porque — en palabras de José Luis Abellán en el prólogo a este libro —, «esa historia debía formar parte de legado moral e intelectual de cualquier ciudadano». Y de forma indisoluble, la historia de la Segunda República, el conocimiento del proyecto modernizador republicano, la escuela republicana, la laicidad, la incorporación de los principios pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza, el legado universitario de la F.U.E., a la que tanta veces miramos y celebramos con la razón y con el corazón.

A María Fernanda le preocupaba enormemente la pérdida de referentes históricos, la ignorancia histórica de la juventud, la escasa consideración que tienen en la actualidad los estudios históricos y las humanidades en general. Esta preocupación histórica y ciudadana, así como su compromiso con los valores y los ideales «que ya no se llevan», y la necesidad de transmitirlos — como me decía en la dedicatoria de ese mismo libro — fue la que guió todo su trabajo, toda su obra, como profesora de historia y como historiadora. Por eso, dedicó su último libro, esa *España de los Exilios* — distintos y demasiados — a «los jóvenes que estudian historia o humanidades, porque ellos serán los transmisores de este legado».

Esta era la actitud, esperanzada cara al futuro, que movía a María Fer-

nanda en su trabajo y en su vida. El pensamiento y la mirada de historiadora en ese futuro: «sólo quiero, tras años de estudio, dejar mi interpretación para el futuro». Y lo ha conseguido. Ha dejado su interpretación, su impronta, su talante. Claro que la ha dejado: en sus alumnas y alumnos, en sus amigos, en su familia. Y en su obra como historiadora. Porque hay personas que permanecen, toda la vida, y en otras vidas. Y que, efectivamente, son las imprescindibles para no perder la esperanza. Esa esperanza a la que ella aludía repetidamente, como en la cita final de *La España de los exilios* de este poema clandestino de *Pueblo Cautivo*: «Pero no, compañeros, nosotros tomaremos ejemplo de la tierra siempre joven [...] libertaremos toda la alegría; en cada seria, dolorosa ausencia, florecerán sonrisas de niños y muchachas»¹. Claro que de todo lo que nos ha dejado florecerán sonrisas esperanzadas.

(Ana Aguado)

1. E. de Nora, *Pueblo Cautivo*, Madrid, 1946, s/p. Citado por M^a Fernanda Mancebo, *La España de los exilios*, Valencia, Universidad, de Valencia, 2008, p. 310.